

los torneos, cuyas puertas les abre gratuitamente el favorito de la regenta.

Ved á ese pueblo que se solaza, sin avergonzarse, con los festejos á que le convida un juglar de palacio, un mimo de entonces, un histrion vil de aquellas viles far-sas y pantomimas.

Ved á ese pueblo fanatiza lo, desnudo, hambriento, sin hogar, sin familia, sin conciencia, sin alma, sin pudor: ved á ese pueblo que no se acuerda de su desnudez, de su hambre, de su extremo abandono: ved á ese pueblo que no tiene memoria para recordar sus girones, su infamia y su miseria; ved á ese pueblo que no tiene entrañas para sentir que vive deshonrado y embrutecido, pero que se acuerda de victorear al desvergonzado manco de una grande dama.

Ved á ese pueblo degradado, á esa generacion prostituida, que victorea, sin enbriarse el rostro con sus harapos, á un rufian de la corte, el cual escribe malas comedias para divertir á mendigos, idiotas y siervos.

¡Oh siervos, idiotas, mendigos de D. Fernando Valenzuela, no hablo de vosotros para injuriaros, porque har-to sé que no es vuestra la culpa; pero tengo que hablar de las víctimas, ya que no me es posible arrojarlas sobre la cara de sus verdugos!

¡Disolucion! ¿Han leído los adoradores de la antigüedad un libro titulado *Poligamia Sagrada*?

Léanlo detenidamente: saboreen bien aquellos escándalos inauditos, y hablen despues de los escándalos de nuestros dias.

¡Escándalos! ¡Disolucion! Averigüen lo que sucedia en un palacio que dista seis leguas de Madrid, el palacio del Escorial, y vengan despues á murmurar de las costumbres de los liberales.

¿Quieren los pesimistas no tomarse el trabajo de leer, de inquirir, de estudiar, antes de murmurar de lo que no saben, ni nunca supieron?

Pues yo voy á tomarme el trabajo de referirles la historia en cuestion: acercaos y oid:

En un palacio del Escorial vivia una familia que no era española, aunque habia nacido en España. Esto no vendría al caso porque los extranjeros pueden ser tan buenos como los españoles: si los pesimistas no blasonaran de españolismo.

Digo, pues, que la familia que habitaba un palacio del Escorial, no era española.

La familia constaba de un marido, de su mujer, de un hijo y de un aventurero.

El hijo advertia que su padre y él comian solos.

Advertia tambien que su madre no comia con ellos, y que, sin embargo, no comia sola.

Advirtió que el aventurero, el extraño, un hombre alto, de tez morena, de cara moruna, de ojos negros, de mirada ardiente, buen mozo, en concepto de alguna dama: advirtió que aquel hombre, un plebeyo del dia antes, comia con la esposa del rey.

Advirtió que el plebeyo era más rey que el rey de aquel palacio.

Y el hijo decia en su interior: ¿de dónde viene á este plebeyo semejante poder? ¿qué misterio hay aquí? ¿Cómo se explica que la reina abandona por un extraño á un esposo y á un hijo?

En una palabra, ¿qué pasaba, qué pasaba, qué sucedía entre el aventurero y mi madre?

El hijo advertia tambien que los criados se miraban, que frecuentemente se hablaban al oido, que se hacian señas de callar, en presencia suya, y el mundo enseña que, cuando un sirviente aparenta no querer hablar nada delante del amo, es porque quiere decirle mucho.

El hijo llama cierto dia á un servidor antiguo de la casa.

Los dos hablaron pocos instantes.

—¿Qué hay entre mi madre y ese aventurero?

—Una palabra me cuesta la cabeza, responde el servidor.

—Aunque te cueste la cabeza, y más, replica el amo.

—Señor, más... es difícil.

—Habla.

—Levantaos mañana á las nueve, y yo vendré por vuestra alteza.

El criado vino: el hijo estaba en pié y los dos abandonan la habitacion.

Trascurridos algunos segundos, estaban situados en su puesto.

Trascurridos pocos segundos más, una puerta se mueve, luego se abre, despues sale un hombre.

Es un hombre alto, de cara moruna, de tez morena. El hijo tembló.

La puerta que acababa de abrirse era la de la alcoba de la reina.

El hijo miraba al criado.

El criado miraba al amo.

Ambos callaban como muertos.

El criado se fué y el hijo de la casa quedó solo.

«No hay duda, exclamó: yo lo he visto, lo acabo de ver. Ese hombre debe hacer lecho con la reina. Ese hombre debe ocupar el lugar del rey. Ese hombre deshonra á mi padre, á mi madre y á mí.»

Dicho esto, se dirige á una estancia de palacio, en donde penetra sin anunciarse, ni pedir permiso.

—Os he visto salir de la alcoba en que duerme la reina, dijo al hombre de cara moruna y tez morena, que el lector debe recordar.

—Si salgo ó no salgo de ver á la reina, mi señora, eso toca al rey. Decid al rey que me pregunte.

—¿qué fin os llevaba?

—Nada me llevaba, ni me traía.

—La reina es mi madre.

—Decid á la reina que me pida cuentas de mi proceder.

—Soy príncipe de Asturias.

—Yo soy más.

—Juro mataros sin testigos.

—Juro llevaros á la horca.

Al dia siguiente, el hijo acudió á la justicia, y entabló demanda contra el aventurero.

¡Escándalos! ¡Se habla de escándalos!

El rey se encogía de hombros... y se comia un pavo.

La reina insultaba á su hijo.

El hijo insultaba á su madre.

Los jueces se miraban atónitos.

El aventurero pone en prision al príncipe de Asturias, al heredero de la corona, *al hijo de cien reyes*, como dicen los realistas.

¡Escándalos! ¡Se habla de escándalos sin sentir vergüenza y remordimiento!